

¿Qué tal, cómo estás? Me pregunta hoy un amigo al que hace tiempo que no veo.

Es una pregunta recurrente cuando nos encontramos con alguien conocido en el ascensor, en el metro, en la calle, en el bar... es una forma coloquial de acoger a nuestro interlocutor, de interesarnos por sus cosas, por sus afanes, en definitiva, por su vida. Saber de alguien es preocuparse por su salud, por su trabajo, por su familia, por sus éxitos, por sus dificultades... ese ¿Qué tal? tiene un trasfondo de encuentro, de acogida, de hermandad. Pero la respuesta no siempre será positiva porque el hombre no siempre se siente bien.

Me imagino al Señor recorriendo las aldeas de Palestina. Y preguntando a cada uno de los que se cruzaban por su camino un "¿Qué tal?" o un "¿Cómo estás?" Y muchos de aquellos hombres y mujeres mostrarían su pesar por su triste situación.

Al entrar en una Iglesia me complace dirigir la mirada al Sagrario después de la genuflexión y preguntar a mi buen Jesús: ¿Qué tal, Señor? Sé que la respuesta será siempre alegre, positiva, esperanzadora. Y como soy incapaz de hacerlo todo bien, como no todas las cosas me van siempre bien, no soy capaz de actuar adecuadamente respecto a los demás, sé que Jesús me llenará de su amor, de su esperanza, de su misericordia y como a ese sordo, a ese paralítico, a ese cojo o a ese enfermo del alma que soy yo, me tocará el corazón y me llenará de su alegría contagiosa.

Y, desde el Sagrario me responderá: "Y Tú, ¿qué tal, cómo estás?" "Aquí estoy, Señor, con mi miseria y mi pequeñez sin nada más que ofrecer que mi pobre corazón pero contemplándote no puedo más que darte gracias por tu Amor".

¡Señor, qué alegría es poder entrar aunque sea un momento a saludarte en un templo para reforzar mi amistad contigo! ¡Qué alegría saber, Señor, que estás ahí esperándome como alguien vivo y cercano! ¡Gracias, Señor, porque en estos momentos mi corazón siente tu esperanza

y me fortaleces! ¡Señor, gracias, por cada vez que te acepto como mi amigo o te recibo en la Eucaristía, renuevas mis ilusiones y me indicas el camino que debo seguir! ¡Gracias, Señor, porque mi amistad contigo me sostiene ante las dificultades de la vida, tu Espíritu Santo me anima ante la adversidad y haces renacer en mi la esperanza! ¡Gracias, Señor, porque en cada visita, mi corazón se ensancha y se desprenden todos los egoísmos incrustados en él y me llenas con tu capacidad para hacer el bien y amar a los demás! ¡Aquí estoy, Señor, ya me conoces: aquí estoy con mi miseria y mi pequeñez sin nada más que ofrecer que mi pobre corazón pero contemplándote no puedo más que darte gracias por tu Amor! Amén.